



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

SIEMPRE SUSAN
RECUERDOS SOBRE SUSAN SONTAG
SIGRID NUNEZ

Traducción de Mercedes Cebrián

e
errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2013
TÍTULO ORIGINAL: *Sempre Susan. A Memoir of Susan Sontag*

© Sigrid Nunez, 2011
© de la traducción, Mercedes Cebrián, 2013
© Errata naturae editores, 2013
C/ Río Uruguay, 7, bajo C
28018 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-15217-54-1
DEPÓSITO LEGAL: M-19786-2013
CÓDIGO BIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)
IMAGEN DE PORTADA: © T. V., 1978
MAQUETACIÓN: Natalia Moreno
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Era la primera vez que iba a una residencia de escritores y, por alguna razón que ya no recuerdo, tuve que posponer la fecha en la que se suponía que llegaba. Me preocupaba que llegar tarde estuviese mal visto. Pero Susan insistía en que no era nada malo. «Siempre está bien empezar cualquier cosa rompiendo una regla». Para ella, llegar tarde era la regla. «Sólo me preocupa llegar tarde a un vuelo o a la ópera». Cuando la gente se quejaba de tener que esperar la siempre, Susan no se disculpaba. «Me figuro que si la gente no es lo bastante lista como para llevar algo para leer...». (Pero si algunos se percataban y era ella quien al final acababa teniendo que esperarlos, no le agradaba).

Mi propia fastidiosa puntualidad llegaba a sacarla de quicio. Un día, comiendo fuera con ella, me di cuenta de que se me hacía tarde para volver al trabajo,

salté de la mesa y se burló: «¡Siéntate! No tienes que estar allí en punto. No seas tan servil». *Servil* era una de sus palabras favoritas.

Excepcionalidad. ¿De verdad era una buena idea para nosotros tres —Susan, su hijo, yo— vivir bajo el mismo techo? ¿No deberíamos David y yo buscar algo para nosotros solos? Susan dijo que no veía la razón por la que no pudiésemos vivir juntos, incluso en el caso de que David y yo fuésemos a tener un niño. Nos apoyaría encantada de tener que hacerlo, decía. Y cuando yo expresaba mis dudas: «No seas tan convencional. ¿Quién nos dice que tenemos que vivir como los demás?».

(Una vez, en St. Mark's Place, señaló a dos mujeres con pinta excéntrica, una de mediana edad y la otra anciana, ambas vestidas como gitanas y de pelo canoso largo y suelto. «Viejas bohemias», dijo. Y añadió, bromeando: «Nosotras dentro de treinta años».

Han pasado más de treinta años, Susan está muerta, y la bohemia ya no existe).

Susan tenía cuarenta y tres años cuando nos conocimos, pero a mí me parecía muy mayor, en parte porque yo tenía veinticinco y a esa edad cualquiera de

más de cuarenta me parecía mayor. Pero también porque se estaba recuperando de una mastectomía radical. (Rompe una regla: cuando el personal del hospital la amonestó por negarse a hacer los ejercicios de rehabilitación que le habían recomendado, una enfermera empática le susurró al oído: «El alegre Rockefeller tampoco quería hacerlos»). Tenía la piel cetrina, y el pelo... siempre me desconcertaba que tanta gente pensase que se decoloraba el mechón de pelo blanco de su melena, cuando debía resultar obvio que el mechón era la única parte que conservaba su color verdadero. (Una peluquera sugirió que dejar una sección sin teñir resultaba menos artificial). La quimioterapia había hecho que se le cayese parte del pelo, extraordinariamente negro y grueso, si bien el que volvía a crecerle era en su mayor parte blanco o gris.

Algo chocante: cuando la vi por primera vez parecía mayor de lo que luego resultaría al ir conociéndola. A medida que recuperaba la salud parecía cada vez más joven, y cuando decidió teñirse el pelo parecía incluso más joven.

Era primavera, 1976, casi un año después de haber terminado mi máster en Columbia, y yo vivía en la calle 106 Oeste. Susan, que vivía en la esquina de la 106 con Riverside Drive, tenía una pila de correspondencia sin responder que había ido acumulando

durante su enfermedad y que ahora quería contestar. Les pidió a unos amigos, los editores de *The New York Review of Books*, que le recomendasen a alguien que pudiera ayudarla. Yo había trabajado como asistente editorial en la *Review* entre la licenciatura y el máster. Los editores sabían que podía mecanografiar y que vivía cerca, así que le sugirieron que me llamase. Era exactamente el tipo de empleo ocasional que buscaba entonces: uno que probablemente no iba a interferir con mi escritura.

El primer día que fui al 340 de Riverside Drive hacía sol y el piso —un ático de numerosos y amplios ventanales— resultaba cegadoramente luminoso. Estuvimos trabajando en el dormitorio de Susan, yo en su escritorio, tecleando en su enorme IBM Selectric mientras ella dictaba andando por la habitación o tumbada en la cama. La habitación, como el resto del piso, estaba amueblada de forma austera, con paredes blancas y desnudas. Como explicó más tarde, al ser allí donde trabajaba, quería tener a su alrededor el máximo de espacio blanco posible, y trataba de mantener la estancia tan despejada de libros como pudiera. No recuerdo ninguna fotografía de familiares o amigos (de hecho, no recuerdo que tuviera colgada ninguna en todo el piso); en su lugar había unas cuantas fotos en blanco y negro (como las que vienen en los paquetes promocionales de las edi-

toriales) de algunos de sus héroes literarios: Proust, Wilde, Artaud (acababa de terminar de editar un volumen de sus obras escogidas), Benjamin. Distribuidos por todo el piso había fotogramas de películas antiguas en blanco y negro y una serie de fotografías de viejas estrellas de cine. (Que, según recuerdo, decoraron en su momento el vestíbulo del New Yorker Theater, la sala donde proyectaban cine clásico en la calle 88 con Broadway).

Llevaba un jersey amplio de cuello de cisne, vaqueros y chanclas de goma estilo Ho Chi Minh, que, imagino, se trajo de uno de sus viajes a Vietnam del Norte. Debido al cáncer estaba tratando de dejar de fumar (lo intentaba y fracasaba y lo intentaba de nuevo, una y otra vez). Se terminó un bote entero de maíz frito que acompañaba con cortos tragos de agua de una jarra de plástico.

La pila de cartas era desalentadora; llevó muchas horas terminar con ellas, pero lo que nos hacía avanzar absurdamente despacio era que el teléfono no hacía más que sonar, y cada vez que sonaba Susan contestaba y se ponía a charlar (en algunos casos durante bastante rato) mientras que yo permanecía allí sentada esperando y, cómo no, escuchando, o a veces acariciando al gran perro de su hijo, un Alaskan Malamute ávido de atención. La mayoría de los que llamaban eran personas cuyos nombres yo ya conocía.

Deduje que le espantaba el modo en que mucha gente respondía a la noticia de su cáncer. (Aunque yo todavía no lo sabía, Susan ya estaba tomando notas para lo que se convertiría en su ensayo *La enfermedad como metáfora*). La recuerdo describiendo el cáncer a uno de sus interlocutores como «la enfermedad imperial». La oí comentar a bastante gente que las recientes muertes de Lionel Trilling y Hannah Arendt la habían dejado «huérfana». Indignación feroz al contarnos cómo alguien le había dicho no extrañarse de que Trilling tuviera cáncer, pues «seguro que no se había follado a su mujer en años». («Y era un *académico* el que hablaba»). Odiaba admitirlo, pero lo hacía con arrojo: uno de sus primeros pensamientos cuando le comunicaron que tenía cáncer fue: «¿Será que no he tenido suficiente sexo?».

Una de las llamadas fue de su hijo. David, un año más joven que yo, tras abandonar sus estudios en Amherst, había vuelto recientemente a la universidad y estaba en su segundo año en Princeton. Tenía donde quedarse en Princeton, pero la mayoría de la semana vivía con su madre. Su habitación (que pronto sería la nuestra) estaba justo al lado de la de Susan.

El trabajo la aburría. Tras ocuparnos nada más que de unas cuantas cartas, propuso hacer una pausa para comer. La seguí hasta el otro extremo del apartamento, atravesando pasillos cubiertos de libros y un

comedor, del que admiré su elegante y larga mesa de madera con dos bancos a juego (una vieja mesa de granja francesa, me informó) y un póster enmarcado de una Olivetti antigua (*la rapidissima*) colgado en la pared de detrás. La mesa del comedor solía estar cubierta de libros y periódicos, y casi siempre se comía en la cocina, en un mostrador de madera que alguien había pintado de azul oscuro.

Me senté en una banqueta ante el mostrador, bastante cohibida mientras la veía calentar una lata de crema de champiñones Campbell's. Con añadir una medida de leche daba para dos. Me sorprendió verla tan locuaz. Yo estaba acostumbrada al jerárquico mundo de *The New York Review*, cuyos editores nunca charlaban con el personal. Ese día supe que el anterior inquilino del apartamento había sido su amigo Jasper Johns; varios años antes, cuando Johns decidió mudarse a otro sitio, Susan se quedó con el alquiler. Pero, lamentablemente, no creía que la dejaran permanecer allí; el propietario del edificio quería el apartamento para sí. Era obvio por qué Susan quería quedarse: un amplio ático de dos habitaciones en un atractivo edificio de antes de la guerra, una oferta estupenda por unos —si no recuerdo mal— 475 dólares al mes. El enorme salón parecía incluso más grande, al tener tan pocas cosas (incluso había algo de eco). Pero lo que más echaría de menos,

decía, sería la vista: el río, las puestas de sol. (Aquella magnífica vista hubiera sido incluso mejor desde el exterior, pero la terraza estaba hecha un lío: era donde el perro hacía sus cosas). En el otro extremo del apartamento, visto desde los dos dormitorios, había una habitación mucho más pequeña, en su día el cuarto de servicio, con un aseo. Por aquel entonces dormía allí un amigo de David. Cuando me mudé, pasó a ser mi estudio. («Eres la única que tiene *dos* habitaciones en esta casa», dijo Susan, herida, acusadora, cuando, tiempo después, le dije que me iba del «340»).

Tras la comida me hizo un montón de preguntas sobre cómo era trabajar para los editores Robert Silvers y Barbara Epstein en *The New York Review*, y cómo fue estudiar con Elizabeth Hardwick, que había sido una de mis profesoras en Barnard y que también estaba en el consejo editorial de la *Review*. Estaba claro que estas tres personas despertaban su más profundo interés —o incluso fascinación— y supe que su amistad y aprobación lo eran todo para ella. Los tres habían estado entre los fundadores de la *Review* en 1963. Susan pensaba que la *Review* era muy superior a cualquier otra revista del país —un esfuerzo «heroico» para elevar la vida intelectual americana a los estándares más altos que fuese posible— y estaba orgullosa de escribir para ellos desde el primer número. Sus ensayos los editaba Silvers: «Con

diferencia el mejor editor que he tenido jamás». El mejor editor que cualquier escritor podría tener, decía. Al igual que a otros colaboradores de la *Review*, la asombraba el solemne respeto que Silvers tenía hacia los escritores, su perfeccionismo y el intenso esfuerzo que ponía al revisar los artículos para su posterior publicación. Era una de las personas más inteligentes y dotadas que había conocido, decía, y probablemente el más trabajador: casi siempre se encontraba ante su escritorio, los siete días de la semana, incluyendo las vacaciones, de la mañana a la noche, y a menudo muy entrada la noche. Poseía el tipo de disciplina, pasión intelectual y rigor que Susan más admiraba en los demás, e inspiraba en ella la misma veneración que, en general, sólo le inspiraban los escritores y artistas más serios.

El orgullo que sentía al escribir para *The New York Review* igualaba al de publicar con Farrar, Straus and Giroux. De hecho, su conversación telefónica más larga e íntima de ese día fue con Roger Straus, quien, a la cabeza de la editorial, había publicado el primer libro de Susan trece años atrás y seguiría publicando todas sus obras. No era raro que ambos hablaran al menos una vez al día. En aquel momento Susan no tenía agente literario, y además de publicar sus libros, Straus se ocupaba de ciertos asuntos con los que un editor normalmente no lidiaría, como tratar

de colocar sus relatos y artículos en revistas. Pero la suya no era solamente una relación profesional; eran buenos y viejos amigos, confidentes el uno del otro, y además Straus estaba involucrado en muchos aspectos de la vida extraliteraria de Susan, incluyendo la crisis de su enfermedad y, cuando llegó el momento, su búsqueda de un nuevo apartamento. Aunque David ya tenía diez años cuando Susan y Straus se conocieron, Straus a menudo se refería a él como «probablemente mi hijo ilegítimo». Pronto se llevó a David a su empresa, convirtiéndolo en editor de, entre otros autores, la propia Susan.

La crema de champiñones no fue suficiente. Buscó en el frigorífico, que estaba prácticamente vacío: aunque no fuese temporada había un paquete de mazorcas envuelto en plástico. Tras comernos el maíz dijo: «Por supuesto, no me apetecía nada de esto. Lo que de verdad quería era un cigarrillo». Yo acababa de dejarlo, pero cuando me mudé allí volví a fumar de nuevo. Los tres fumábamos, como le ocurría a muchos de los que venían al apartamento.

Cuando me fui ese día, el sol se ponía sobre el Hudson, pero habíamos resuelto bastante poco. Susan me pidió que volviese en unos días. Recuerdo que, mientras caminaba hacia mi casa, pensé en lo despreocupada y abierta que había sido conmigo: mucho más como alguien de mi edad que como al-

guien de la generación de mi madre. Pero siempre era así con la gente joven, y tampoco existía la típica distancia generacional entre ella y su hijo; su hijo, al que comenzó a tratar como a un adulto incluso antes de que fuese al instituto, sin mostrar la menor duda de que así habían de ser las cosas. Cuando pienso ahora en esto, no puedo evitar pensar también en algo de lo que Susan hablaba a menudo: su recuerdo de la infancia como una época de aburrimiento total, y lo mucho que había deseado que acabase. A mí siempre me costó entenderlo (¿Cómo la infancia de alguien —incluso aquella poco feliz— podía describirse como «un desperdicio total?»), pero ella quería que la infancia de David también acabase lo antes posible. (Y resultó que él también recordaba su infancia como un tiempo triste, empleando la misma frase que Susan a menudo usaba para describir la suya propia: una pena de cárcel). Era como si, de algún modo, no creyese realmente —o quizá, mejor dicho, no viese ningún *valor*— en la infancia.

Para David se convirtió en «Susan» cuando aún era un niño, y su padre, el sociólogo y crítico cultural Philip Rieff, era «Philip»; David me contó que no podía imaginar llamarlos «papá» y «mamá». Y cuando Susan hablaba con David sobre su padre —con quien se casó cuando era una estudiante de diecisiete años en la Universidad de Chicago y él un profesor